



["Nuevo Mundo", Madrid, 23 julio 1940]

6-273

LEYENDO A BALTASAR GRACIÁN

RECOGIDO EN "De esto y de aquello" tomo I

A Andrenio.

PACIENCIA, y no poca, hace falta para ir de mano del P. Baltasar Gracián, S. J., el legislador de la agudeza y arte de ingenio, á todas las partes á donde Critilo llevó á Andrenio; pero en estos días de sofocante calor — hoy, día de San Juan — ¡qué paseo más grato que, estándose á la sombra y en una refrescante corriente de aire, recorrer las tres partes á *El Criticón*, oráculo de engaños! Empezó ya su autor, el ingenioso jesuita, por llamarse en su portada Lorenzo, que es seudónimo.

Lástima grande que, además de su longitud y su latitud, que quitan mucho á su profundidad, dilatándola y desvaneciéndola, esté la obra maestra del gran conceptista manchada, no con juegos de conceptos, sino con juegos de palabras. Porque todo aquello de: *á veces y á voces... sepultado entre peñas y entre penas... cada uno de su gesto y de su gusto... que todo lo hacen cuento sin dar jamás en la cuenta... del tálamo al tímulo... hacían en sonora competencia bulla el valle, brega la vega, trisca el risco y los bosques voces... el pecho de cera, no de acero... los pies de plomo para lo bueno y de pluma para lo malo...*, basta! Pero con todas estas y otras muchas camelancias, que parecen anunciar á *Melitón González* ó á Muñoz Seca — más ingenioso de verdad el primero de éstos, porque sabe más y brotan sus camelos de raíces más hondas, lo que acaso para su mejor suceso les perjudica —, con todo eso, ¡qué de cosas no encuentra el paciente lector en la selva de conceptuosidades del amargo jesuita aragonés!

Es su amargura lo que les da sabor á los conceptos de Gracián. El que quiera tomarlos con azúcar, no sabrá nunca de su verdadero sabor.

Es inútil querer, no ya negar, mas ni aun paliar el pesimismo de Gracián, dada la significación que el término, tan ambiguo, de pesimismo ha venido á tomar. El hombre que escribió: «Oh vida, no habías de comenzar!», pasará siempre por pesimista, aunque agregase: «pero ya que comenazate, no habías de acabar!», y para muchos pasará por tal por haber agregado esto, que es el grito del más entrañado optimismo. Pero ¡como á lo que se le llama pesimismo se le llama así por antonomasia!... «Madrasta se mostró la Naturaleza con el hombre — dice luego el jesuita —; pues lo que le quitó de conocimiento al nacer, le restituye al morir: allí, porque no se perciban los bienes que se reciben, y aquí, porque se sientan los males que se conjuran.»

Por algo Schopenhauer, tan aficionado á España y á los españoles, como á pueblo de más voluntad, creía él, que inteligencia y de inteligencia voluntariosa y de santísima real gana — *gana y nada* son las dos palabras que más redondamente suenan en boca de español —; por algo Schopenhauer tenía á Gracián por su autor predilecto, llamándole «mi Gracián» (*mein Gracián*) — y suyo se lo hizo al traducirlo —. *Mein Lieblings-Schriftsteller*, mi escritor favorito, le llama, en efecto, en una carta á Keil (v. *Baltasar Gracián*, por Adolphe Coster, obra preciosa). Coster cree que Gracián pudo influir en Nietzsche.

¿Pesimista? En el sentido vulgar, el que le dan los cobardes, los atrágicos — y aun antitrágicos —, sí; Gracián tiene que resultar pesimista; pero el hombre que escribió: «¿dónde irá uno que no guerree?», no era pesimista, no, no lo era. Porque lo pésimo es la paz de los optimistas, la paz de los pacíficos. La paz de los guerreros es ya otra cosa.

Xenius, enamorado del diálogo, nos hablaba aquí, hace pocos días, de la dialéctica — diálo-

go... dialecto... dialéctico... —, fundada en ironía y en que fué maestro Sócrates, y al punto le sacamos la polémica, basada en la tragedia, y en que fué señor Job, el hijo de contradicción, el que disputaba, polemizaba con su Dios. Que para tratar con otros hombres bien están el diálogo y la dialéctica y la ironía; pero el tratar con Dios, el conquistarle, es menester de polémica y de tragedia. Que el reino de Dios padece fuerza (Mat., XI, 12; Luc., XVI, 16), y Dios mismo, según nuestro M. R. P. Fr. Juan de los Angeles, de la religión de los menores.

Gracián tenía al español por soberbio. Hablando de aquella petulancia que se atribuye á Alfonso el Sabio de Castilla — es decir, al X —, de que si Dios le hubiese consultado al hacer el Mundo, éste habría salido mejor, dice el jesuita: «no fué tanto efecto de su saber cuanto efecto de su nación, que en este achaque de presumir aun con el mismo Dios no se modera». Y esto lo repite de varios modos.

Pero el ingenioso jesuita se queda muchas veces, con todo su ingenio, en la corteza de las cosas. Resabio de confesonario acaso, y de casuística. Porque la casuística, como el psico-análisis de Freud, que viene de confesonario laico y... científico, se quedan en la corteza. Y ni ven lo que hay debajo de ella.

En la Crisi VII de *El Criticón*, «La fuente de los engaños», nos dice Gracián que Critilo y Andrenio «caminaban á la fresca de árboles frondosos, todos ellos descorazonados, gran señal de infructíferos». Pero todo el que ha andado por seculares encinares — ¡oh, campos de Salamanca! — ó por seculares olivares — ¡oh, maravillosas cuevas mallorquinas de Valldemosa! —, sabe que los viejos árboles descorazonados dan mucho fruto. Y ello porque el corazón de los árboles no está donde el de los hombres. Que la savia del árbol va entre corteza y leño por la albura. Y así marra la comparación, como tantas otras.

¿No habéis oído decir que á los árboles hay que enderezarlos cuando pequeñitos? Y preguntamos: ¿para qué? Si es para que den pies derechos, vigas, postes para el telégrafo, madera con pocos nudos, ¡bien!; pero si es para que den fruto, entonces, ¡ya no!

Es peligrosa la apologética que se funda en apólogos — aunque aquella no venga de éste, sino de apología —, en apólogos ó fábulas. La parábola es un arma de muy difícil manejo, aunque bien manejada la más eficaz. Ella y la paradoja. Pero en mano del mal avisado se vuelve contra él. Casi todas las fábulas, más ó menos esópicas, tienen dos filos, y por eso ha podido decirse que apenas hay apólogo moral que no resulte immoral. Claro, una encina, un olivo, una zorra, una rana, una hormiga, un ciervo, un león... predicando, ¿qué van á decir? Lo que quiera entenderles el que les oiga. Y es lo que decían las ranas que habían oído aquel famoso sermón de San Antonio de Padua á ellas y á los peces, y es que el santo dijo: ¡cro, cro, cro! Y de aquí la leyenda de que el santo portugués dijo á las ranas y los peces paduanos: ¡cro, cro, cro! Acaso mala traducción. Porque es tan difícil traducir bien un apólogo...

Todo apólogos y alegorías y parábolas y paradojas, es *El Criticón* del gran conceptista jesuita y aragonés. Y así, cada lector lo traduce como más le guste, y para algunos no dirá más que: ¡cro, cro, cro! Los juegos de palabras, lo de las *peñas* y las *penas*, v. gr., no son más que eroides — voz que inventamos porque nos hace falta —; pero ¡hay tanto más en la selva de Gracián!...



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA GREDOS